

RESEÑAS DE LIBROS

El malestar en la globalización, por Joseph Stiglitz. Edición castellana de Taurus, 2002, 348pp.

¿Qué es la globalización? ¿Por qué se ha vuelto un tema central de discusión? ¿Por qué tantas personas la vilipendian? La última década atestigua la publicación de una verdadera legión de libros que busca brindar respuesta, precisamente, a este tipo de preguntas. Desde 1993, en que el término aún no gozaba de tanta difusión¹, hasta la actualidad, estos textos, en conjunto con otros medios de comunicación, coinciden en destacar numerosos aspectos al respecto, en su afán por describir las características del fenómeno mundial. Entre ellos, figuran recurrentemente el fin de la guerra fría y su reemplazo por un contexto geopolítico distante de aquel soñado "nuevo orden mundial"; la dramática reducción de los costos de transar, en particular los de transporte y las comunicaciones, liderada por el despegue de la denominada *Information Technology*, vinculada también al surgimiento del Internet; la supresión de las barreras comerciales y la liberalización de los mercados financieros, acompañada del furor por los mercados "emergentes"; el aumento de los flujos migratorios; y la transición económica de los países antiguamente pertenecientes a la Unión Soviética y al Pacto de Varsovia. Y no es extraño encontrar, en esta literatura, una creciente preocupación por el impacto de los costos no internalizados del comercio en el ambiente; por la pérdida de empleos en los países abiertos al exterior sin redes de seguridad; por la inestabilidad que traen los flujos de capitales de corto plazo; por la amenaza contra la soberanía nacional y los procesos democráticos latente en la sumisión a una institucionalidad internacional de los flujos comerciales y financieros en manos de los países más poderosos; y por el efecto que la globalización pueda acarrear sobre la cultura

1. En aquel año se publicó, por ejemplo, *The New Proteccionism*, un manifiesto en contra de la apertura comercial y financiera que denunciaba el predominio de los intereses económicos de los países desarrollados y su efecto nocivo sobre la calidad ambiental, los derechos laborales y la democracia en los países en desarrollo. Curiosamente, si bien el libro constituye una excelente síntesis del actual discurso *mainstream* dentro del movimiento anti-globalización, la palabra que despierta tanta controversia no figura en ninguna página del libro. Existe una edición castellana, Lang, Tim y Colin Hines (1996). *El nuevo proteccionismo*. Barcelona: Ariel.

de pueblos recientemente expuestos a ella. Si bien en la mayoría de los casos se trata de cuestiones de larga data, el mayor énfasis durante los últimos años expresa un malestar que, desde 1999 a propósito de la conferencia de la Organización Mundial de Comercio llevada a cabo en Seattle, ha comenzado a mostrar incluso una faceta de protesta militante y, en algunos episodios, hasta violenta.

Pues bien, nuevamente, ¿por qué la globalización ha tenido mayor éxito en reclutar adherentes en el campo de los disidentes y descontentos? ¿Por qué surge este malestar? Son estas preguntas específicamente la que motivan a Joseph Stiglitz, un gran economista, digno ganador del Premio Nobel por sus aportes seminales a la teoría económica de los mercados, a escribir un libro al respecto. Y así acerca, mas no suma, su voz a la de quienes se reconocen como miembros del movimiento anti-globalización, un conjunto heterogéneo que reúne desde cuestionables representantes del peor nazismo y comunismo, ansiosos por liquidar el sistema capitalista, hasta intelectuales respetables y brillantes, profundamente preocupados por los aspectos económicos, sociales, ambientales, políticos y culturales de la globalización.

Ahora bien, particularmente, el libro de Stiglitz causó enorme revuelo luego de publicado. Es que, a diferencia de los demás autores que han abordado el tema, Stiglitz añade a sus credenciales como economista galardonado, la ventaja de ser un *insider* del sistema que critica. En efecto, su paso por el Consejo de Asesores Económicos de la Casa Blanca y su estadía en el Banco Mundial como economista jefe, lo vuelven, en cierto sentido, un testigo privilegiado de la historia contemporánea. Y por supuesto, el libro generó una conmoción porque vuelca críticas y acusaciones muy graves y severas contra personas consideradas honorables y contra instituciones reputadas y defendidas por muchos, casi como "vacas sagradas".

El libro propiamente presenta una línea discursiva susceptible de ser estructurada en tres partes, a modo de una sonata literaria, adecuada desde una perspectiva de divulgación y docencia, pero propensa a la redundancia, precisamente porque la última parte reitera argumentos y conclusiones previamente expuestos en la primera.

Esta primera parte, que comprende tres capítulos², está dedicada a ofrecer definiciones y conceptos clave, a delinear el propósito del libro y a realizar un balance de la globalización, concentrado en la última década, que concluye anticipadamente en la explicación que Stiglitz da al denominado malestar en la globalización. Así pues, Stiglitz identifica a la

2. El tercero de estos tres capítulos lleva el sugerente título de "¿Libertad de elegir?" o bien "¿Freedom to choose?", en inglés, evidente alusión sarcástica al célebre *Free to choose* de Milton Friedman y Rose Friedman.

globalización con una mayor integración internacional provocada, simultáneamente, por la reducción en los costos de transporte y comunicación, y por la remoción de barreras artificiales a los flujos de bienes, factores productivos y conocimiento. Y luego de repasar los aspectos positivos y negativos de tal proceso, se dirige directamente a la que él considera como la raíz del malestar y de los problemas: la gestión económica de la globalización materializada en las instituciones económicas internacionales, es decir, fundamentalmente, en el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC). No contento con destacar los atentados contra la soberanía que significa la frecuente imposición de condiciones a los países en desarrollo, Stiglitz apunta hacia la doble captura sufrida por estas instituciones, básicamente el FMI y el BM, durante la década de 1980. Ambas, alega, han sido presa de los intereses de la comunidad financiera en el mundo desarrollado, del resurgimiento de la ideología conservadora y del fundamentalismo de mercado, cortesía de Reagan, Thatcher y afines. En este contexto, Stiglitz introduce al lector en el corolario de esta transformación: la promoción en el seno del FMI y el BM de las denominadas políticas del Consenso de Washington, es decir, la privatización de los activos públicos, la liberalización de los mercados, con énfasis en las cuentas de la balanza de pagos y la austeridad fiscal³.

En suma, a esta combinación de ideología con intereses particulares, Stiglitz atribuye una operatividad de las instituciones internacionales que traerá precisamente el tipo de consecuencias nefastas, capaz de provocar enorme malestar. Acusa explícitamente a las políticas del Consenso de Washington de generar mayor desigualdad y de impedir que la globalización, en principio "neutral", traiga los beneficios prometidos. Asimismo, denuncia a las instituciones económicas internacionales por el aumento en la inestabilidad macroeconómica global, por el desprecio de las preocupaciones ambientales y sociales, y por haber estropeado la transición económica de los antiguos países comunistas. Peor aún, encuentra que: "Medio siglo después de su fundación, es claro que el FMI no ha cumplido con su misión" (p. 43). En otras palabras, Stiglitz identifica un claro problema de economía política en la gestión de las instituciones económicas internacionales que sirven de pobre sustituto ante la falta de un verdadero Estado global, en el cual los intereses de todas las naciones se encuentren debidamente representados. "Las instituciones no son representativas de las naciones a las que sirven" (p. 48), sentencia lapidariamente.

3. Para adquirir noción de la envergadura de esta captura, merece la pena tener en cuenta que en épocas pretéritas, como durante la década de 1970, una institución percibida hoy como conservadora, tal como el FMI, llegó a recomendar a países en crisis que eleven sus barreras arancelarias, fundamentalmente con el fin de mejorar la recaudación tributaria [véase Bhagwati, Jagdish (2002). "The poor's best hope", en *The Economist*, junio 22-28, pp. 24-6]. Ahora bien, los tiempos han cambiado. Incluso economistas auténticamente liberales como Paul Krugman, no recomiendan hoy elevar las barreras arancelarias en tiempos de crisis. Normalmente, y más aún cuando la recesión puede ser combatida con política monetaria, sugieren, en cambio, devaluar la moneda. Al respecto, véase Krugman, Paul (1997). *El internacionalismo "moderno". La economía internacional y las mentiras de la competitividad*. Barcelona: Crítica, pp. 116-17.

Se trata, pues, de una propuesta audaz, aunque no carente de antecedentes, la de buscar las fallas del sistema económico internacional, o de parte de él, en un aparato institucional aquejado por un conflicto entre intereses particulares y el bien común, y por la vigencia de una estrecha visión del mundo materializada en una ideología fundamentalista⁴. Ahora bien, en virtud de la misma, Stiglitz anuncia al inicio del libro que concentrará su atención en el FMI, el BM y el OMC, si bien finalmente, el énfasis puesto en el FMI opacará al resto de la temática. A tal punto que aquella perspectiva le valdría una reprimenda por parte del semanario *The Economist*⁵.

Hecha la advertencia, Stiglitz desarrolla una crítica múltiple, severa y, por el talante, despiadada del FMI. Lo acusa de prescribir medidas fundamentadas en la ya aludida ideología del fundamentalismo de mercado y en una macroeconomía pre-keynesiana, preocupándose excesivamente por la inflación, en detrimento del desempleo. Eleva, a su vez, numerosos reparos con respecto a su forma de operación: alega que el FMI no es transparente en la toma de decisiones, que asume tareas y funciones sin contar con un personal que tenga las ventajas comparativas necesarias, que atenta contra la soberanía nacional imponiendo "condiciones" y esperando que los gobiernos se sometan a su autoridad, y que se limita a establecer contacto exclusivo con los ministros de Economía y los gobernadores de los bancos centrales. Y, por supuesto, subraya la proximidad del FMI con los grandes financistas de los países desarrollados. Luego, con todos estos aspectos en cuenta, concluye lamentando que el FMI haya abandonado su misión original, es decir, la de preservar la estabilidad global y el pleno empleo, reemplazándola por, o bien "combinándola" con, otros objetivos, sin ofrecer el debido sustento científico⁶.

Por cierto, argumentos de tal envergadura no vienen solos en un libro que tiene, ante todo, un propósito divulgativo y, en buena medida, combativo⁷. Stiglitz es justo y cuidadoso en acompañarlas de sustento teórico y empírico. Por ejemplo, su crítica de la implementación de las políticas del Consenso de Washington, pone énfasis en la importancia de la secuencia y los ritmos, vital, por ejemplo, en la liberalización de las cuentas de la balanza de

4. Por ejemplo, en su obra maestra sobre el proteccionismo, Bhagwati le prestó debida atención a la importancia de la ideología, los intereses y las instituciones, en un delicioso capítulo en el cual, entre otros aspectos, aborda la evolución del debate sobre comercio internacional en el Reino Unido y la historia de las ideas económicas sobre proteccionismo y libre comercio [véase Bhagwati, Jagdish (1991). *El proteccionismo*. Madrid: Alianza Universidad, pp. 33-56].

5. "Forget the title, for a start. This is not a book about globalization – not considered in the round, at any rate. Mostly, it is an extended assault on the IMF", en *The Economist* (2002). Junio 8-14, p. 78.

6. A propósito, Stiglitz observa que: "...aunque el FMI hoy visiblemente rechaza las ideas de Keynes, a mi juicio no ha articulado una teoría coherente de los fallos de mercado que justificaría su propia existencia y proporcionaría una justificación racional de sus intervenciones concretas en los mercados" (pp. 275-6).

7. Stiglitz es muy claro en sus intenciones al respecto: "Este libro se basa en mis experiencias. Carece de tantas notas al pie y citas como las que tendría un ensayo académico. En vez de ellos, he intentado describir los acontecimientos de los que fui testigo y relatar algo de lo que he oído" (p. 18). Inicia el último párrafo del prólogo, proclamando: "Espero que el libro abra un debate..." (p. 19)

pagos. Asimismo, advierte la importancia de la regulación en la apertura de los mercados financieros y, en general, destaca la definición de prioridades nacionales y estrategias al margen de las prescripciones cargadas de ideología. Aun más, Stiglitz dispara el grueso de sus baterías contra el FMI valiéndose de las descripciones de su intervención en la crisis asiática y en la transición económica de Rusia, dos fenómenos económicos y episodios clave de la historia reciente, cuyo relato, cual estudios de caso emblemáticos y arquetípicos, constituye la parte central del libro, desde el cuarto capítulo hasta el séptimo.

En su evaluación de la crisis asiática, Stiglitz no solo critica la intervención del FMI sino que, adicionalmente, lo responsabiliza indirectamente de su origen: el celo liberador de la cuenta de capital en conjunto con la mala regulación de los sistemas financieros, patente en bancos débiles y empresas muy apalancadas, propició la crisis. Y, peor aún, sostiene que el FMI promovió estas políticas sin evidencia que respaldara sus potenciales beneficios. A continuación, hace un demoledor alegato en contra de la intervención del FMI. Los paquetes de salvamento, acompañados de alzas en las tasas de interés, salvaron a muchos acreedores extranjeros a costa de dejar al país más endeudado y se orientaron al discutible propósito de preservar tipos de cambio sobrevaluados. Al respecto, Stiglitz detecta correctamente que el FMI partió de un grave error de diagnóstico, pues los países asiáticos no compartían los déficit públicos que habían alimentado las espirales hiperinflacionarias en Latinoamérica, de modo que la preocupación por una inflación desatada luego de la devaluación de las monedas asiáticas era infundada. Sin embargo, el FMI luchó contra ese fantasma, buscando también impedir, a la postre de manera infructuosa, la fuga de capitales. De manera torpe, el alza de las tasas de interés en niveles de nula credibilidad, sostiene Stiglitz, fue absolutamente incapaz de impedir la fuga de capitales.

Además, con esta y otras medidas, como el requerimiento de recuperar los coeficientes bancarios de apalancamiento, el FMI profundizó innecesariamente la recesión y, en conjunto con su política de rematar los activos de las empresas quebradas en lugar de permitir su reestructuración financiera, propició el colapso del crédito, precisamente cuando era más urgente. En tal contexto, comenta Stiglitz, la negativa del FMI a medidas "heterodoxas" –como el control de capitales y a la iniciativa japonesa del Fondo Monetario Asiático– fue tomada por muchos en la región como una verdadera conspiración geopolítica. La realidad era igual de lamentable pero más sencilla, como lo explica Stiglitz: "...el FMI no integraba una conspiración sino que reflejaba los intereses y la ideología de la comunidad financiera internacional" (p. 186). Finalmente, de la experiencia de la crisis asiática, destaca una lección fundamental: el FMI no tomó en cuenta los peligros que traería la agitación social y política provocada por algunas de las medidas recomendadas. En este punto, Stiglitz definitivamente logra uno de sus mayores aciertos, pues no solo se trata del daño

que, por ejemplo, una revuelta contra la eliminación de subsidios a los combustibles puede generar sobre el capital social y sobre el contrato social, sino que además un escenario de explosión social es definitivamente contraproducente con la finalidad de restaurar la confianza y recuperar los flujos de inversión, tal como el FMI pretendía.

En definitiva, sus ejemplos son espléndidamente ilustrativos. En su segundo muestrario ofrece una enseñanza de análoga importancia. Al referirse a la gestión de la transición económica en Rusia, Stiglitz, quien cuestiona la misma razón de ser de la participación del FMI en tan titánica tarea, afirma que el FMI no reconoció que una transición económica implicaba una transformación social. En efecto, Rusia requería de toda la institucionalidad y el capital humano y social necesario para la administración de una economía de mercado, incluyendo una nueva clase empresarial. Tal falta de previsión, de la mano con un entusiasmo por la terapia de choque, para paliar la inflación que sucedió a la liberalización simultánea de los precios, y en conjunto con la rápida privatización, condujo a un aumento de la pobreza y de la desigualdad. Peor aún, permitió la aparición de una clase oligárquica de entre la antigua *nomenclatura*, extremadamente corrupta que, por enriquecerse rematando los activos de las empresas privatizadas, en lugar de invertir en ellas, frenó el aparato productivo del país.

En particular, en estos aspectos sociales y económicos, Stiglitz merece crédito en su defensa de un enfoque gradualista, al cual confiere mayor sustento presentando el ejemplo alternativo de la transición económica china. Y a quienes bregaron por reformas rápidas temiendo que, de otro modo, el proceso corría el riesgo de ser revertido por un retorno al comunismo, Stiglitz responde que el desorden social que el enfoque de terapia de choque –normalmente de “mucho choque y poca terapia”⁸– podría producir, sería capaz de enviar al país hacia cualquier extremo del espectro político. Para hacer honor a la verdad, el pronóstico de Stiglitz en ciertos momentos no estuvo muy errado, como lo atestigua el éxito que ocasionalmente tuvo el partido comunista de Ziuganov y el partido nacionalista de Zhirinovskiy. Con todo, sin embargo, se recomienda contrastar esta evaluación de la transición rusa con la de otros investigadores, quienes argumentan que los países que emprendieron más reformas han logrado mejores resultados económicos y que ofrecen explicaciones alternativas interesantes del descontento popular con las reformas⁹. Asimismo, Stiglitz no aborda una pregunta ineludible al comparar la transición rusa con la

8. Stiglitz atribuye esta expresión a Strobe Talbott, funcionario norteamericano responsable de la política frente a Rusia (p. 235).

9. En particular, merece la pena revisar la evaluación que el destacado economista y funcionario público polaco Leszek Balcerowicz ofrece en Balcerowicz, Leszek (2002). *Algunas lecciones de la transición postcomunista*. Lima: Universidad del Pacífico.

china: ¿habría sido posible realmente implementar un enfoque gradualista de las reformas económicas, luego de liberalizar el régimen político, tal como ocurrió en Rusia? O puesto en otras palabras, ¿hubiera tenido mayor sentido y éxito un enfoque gradualista en una Rusia que hubiera continuado al mando de Gorbachov? Es muy tentador afirmar, de manera contrafactual, que sí. Pero ello implica asumir un posible *trade-off* entre gradualismo en reformas económicas y desmantelamiento rápido de las restricciones a los derechos ciudadanos. Y a la vez, si bien Stiglitz elude esta cuestión, la misma reivindica su énfasis en la secuencia y el ritmo de las reformas. De cualquier manera, la participación del FMI en este episodio merece un cuidadoso escrutinio, en particular durante la crisis rusa de 1998, en la cual la institución financiera comete errores muy similares a los identificados a propósito de la crisis asiática.

El libro, finalmente, concluye con sus dos mejores capítulos, que conforman una tercera parte en la que el autor consolida sus principales tesis, la mayoría anticipada en el inicio, ofreciendo una brillante interpretación de la participación y los móviles del FMI, a la luz de las experiencias históricas previamente relatadas. En síntesis, Stiglitz afirma que los fracasos del FMI en las numerosas funciones que se atribuyó no son casualidades, "sino consecuencia del modo en que entiende su misión" (p. 273), el cual exhibe una notoria incoherencia intelectual, a juicio del autor. Mientras que, en su concepción original, en buena medida debida a Keynes, el FMI tenía el deber de concertar una acción colectiva global para corregir las fallas de mercado que conducían a la recesión y el desempleo, obligando a que cada país implemente medidas orientadas a preservar el pleno empleo y procurando los fondos para aquellos que lo requieran para tal finalidad, el FMI actual no ha logrado reemplazar esta misión fundacional por otra que, coherentemente, identifique fallas de mercado que ameriten una acción colectiva global en aras de su corrección. En otras palabras, habiendo descartado o puesto en entredicho su función original, el FMI no ha encontrado alternativamente una razón de ser. Y de ahí, argumenta Stiglitz, que recomiende políticas que exacerbaban los problemas que supuestamente debe resolver, tal como ocurrió con las medidas que promovió para estabilizar los tipos de cambio o con aquellas que pretendían impedir el contagio de la recesión en Asia. Stiglitz no se detiene en esta constatación e inmediatamente pasa a la pregunta fundamental: "...¿por qué la falta de coherencia, por qué persiste, en un tema tras otro, incluso después de que los problemas hayan sido señalados?" (p. 288). La respuesta constituye el núcleo del provocativo y desafiante argumento que el libro pretende comunicar:

...el FMI persigue no sólo los objetivos expuestos en su mandato original, la promoción de la estabilidad global y la garantía de que haya financiación para que países amenazados por una recesión puedan emprender políticas expansivas. Tam-

bién promueve los intereses de la comunidad financiera. Esto significa que el FMI tiene objetivos que suelen estar mutuamente en conflicto (p. 288).

A esta explicación, Stiglitz añade el completo acuerdo del FMI con la ideología del fundamentalismo de mercado, consistente con los intereses de la comunidad financiera, y alude a problemas de incentivos que podrían aquejar a las personas que, durante sus vidas, trabajan o trabajarán tanto en el FMI como en la comunidad financiera privada. Y para ponerla a prueba, Stiglitz sugiere analizar al FMI como si estuviera defendiendo los intereses de la comunidad financiera. Así podría cobrar sentido un comportamiento que, de otro modo, se presenta como incoherente: el rechazo de las moratorias, el esfuerzo para que los acreedores cobren durante las crisis, los paquetes de rescate y de mantenimiento del tipo de cambio en niveles insostenibles, las políticas de austeridad fiscal. Todas estas medidas se orientan a permitir que los acreedores cobren sus préstamos, aun a costa de que atenten contra la estabilidad global o contra el contrato social de las naciones en problemas.

Inmediatamente después de elaborar su caso contra el FMI, Stiglitz retoma, en el último capítulo, el tema de la globalización con un mensaje que lo alinearía con muchos de los manifestantes que salen a las calles. De modo enfático afirma que abandonar la globalización, a pesar de todo, "...no es factible, ni deseable" (p. 299) y, más bien, aboga por resolver los problemas de gestión y economía política que, a su juicio, son los que aquejan al proceso. El desafío que plantea es reformar instituciones económicas internacionales que han tendido a favorecer intereses particulares dentro de los países desarrollados, sobre la base de una visión estrecha del mundo y de la globalización. Específicamente, propone cambios en su forma de gobierno, con mejor representación de los intereses de los países en desarrollo. Pero también, constatando que en muchos países persiste el debate sobre numerosas cuestiones económicas positivas y normativas, tales como cuál debe ser el papel del Estado y el mercado, clama por instaurar el debate y eliminar el doctrinarismo en el seno de las instituciones económicas internacionales, a la vez que propone una mayor transparencia en la toma de decisiones. Y así como no pide el certificado de defunción para la globalización, tampoco lo solicita para estas instituciones. En cambio, afirma su necesidad en vista de que urgen acciones colectivas en el ámbito mundial: económicas, en materia de seguridad, ambientales y en temas de sanidad, por ejemplo. En última instancia, concluye discutiendo una serie de propuestas interesantes, entre las cuales se incluye reformas sobre quiebras y moratorias, minimizar los salvamentos, mejorar la regulación bancaria, mejorar las redes de seguridad y reemplazar las condiciones por la selectividad. En términos más generales, aboga por una agenda comercial más equilibrada en el tratamiento de los intereses de los países en desarrollo y más preocupada por temas ambienta-

les, expresa su simpatía con la iniciativa para condonar la deuda externa, demanda tomar en consideración el impacto de la globalización sobre la cultura, la democracia y la economía, y advierte sobre la importancia de evitar una nueva Gran Depresión. Asimismo, invita a replantear las ideas de soberanía, argumentando que "...los países en desarrollo deben asumir la responsabilidad por su propio bienestar" (p. 347).

A todas luces, como queda claro para quienes leyeron el libro, o al menos esta revisión, se trata de un testimonio sumamente provocador, susceptible de generar polémica. Y en efecto, casi inmediatamente después de su publicación, motivó comentarios y réplicas, algunas con inusitada virulencia, como la ya célebre carta de Kenneth Rogoff, economista jefe del FMI, y otras que, sin eliminar el tono crítico, resultan amigables y conciliadoras, como la de John Williamson, quien precisamente concibió el término Consenso de Washington; incluyendo reacciones frías como la de *The Economist*. Al margen del notorio contraste que exhiben las críticas vertidas por estas réplicas, tanto en naturaleza como en estilo y motivación, todas merecen la bienvenida, por cuanto contribuyen a mantener vigente un debate tan importante como el que plantea Stiglitz en su libro.

A propósito de los comentarios, los de Rogoff son particularmente iracundos y mordaces en carácter. Acusa a Stiglitz de soberbia y de hipocresía, frente a la propuesta de Anne Krueger para mejorar la gestión de las bancarrotas y la reestructuración de la deuda soberana, lo desafía en numerosos argumentos y defiende al personal del FMI de sus alegatos. En particular, manifiesta molestia por la insinuación de Stiglitz, de acuerdo con la cual Stanley Fischer habría recibido ofertas de trabajo de parte de Citigroup, a cambio de su colaboración, como economista jefe del FMI, para facilitar el cobro de unas deudas. Si bien Stiglitz nunca convierte esa suposición en aseveración, se comprende el dilema moral de sugerir la culpabilidad por un crimen sin presentar evidencia que la respalde. Pero, por otra parte, la presencia de ese y otros conflictos de intereses, en todos los niveles del mundo corporativo y financiero, es indiscutible, tal como quedó demostrado con los escándalos que sacudieron a Estados Unidos recientemente, entre ellos los vinculados con las quiebras de Enron y WorldCom. Más importante aún, Rogoff ofrece una crítica ilustrativa del debate ideológico que Stiglitz enfatiza en su libro, cuando, luego de mencionar que hoy todos aceptan a Keynes, pero matizado por consideraciones de restricciones presupuestarias de largo plazo, pone en duda la efectividad del aumento del perfil de la deuda pública como medio para reactivar la economía. ¿Acaso los nuevos títulos de un gobierno endeudado y en crisis se venderán como *hot cakes*? ¿O la gente, en un contexto de devaluación monetaria, aceptará súbitamente el valor de una moneda emitida en mayor cantidad para financiar el déficit público? Sintomático de las advertencias de Stiglitz, el comentario de Rogoff esconde un temor exagerado por los efectos de la inflación, basado en la

experiencia de indisciplina macroeconómica en Latinoamérica durante la década de 1980, y deja inconclusas varias preguntas vitales que apuntan al núcleo de la controversia entre quienes piensan como Stiglitz y aquellos que siguen a Rogoff: ¿qué deben hacer entonces los países ante una crisis? ¿Dejar que los mercados se "ajusten"? ¿Por qué los países desarrollados sí pueden emplear satisfactoriamente políticas fiscales y monetarias expansivas? Estas preguntas, además, sirven como buen punto de partida para reconocer la importancia de las expectativas, esos *animal spirits*, y la percepción de los mercados financieros en el devenir de los países, así como para comprender las razones por las que el FMI, operando de acuerdo con su misión original, es fundamental para atenuar los ciclos económicos de los países en desarrollo.

Frente a estas posturas, Stiglitz se revela como un neo-keynesiano partidario de la acción colectiva nacional y global, argumentando que ciertas imperfecciones de los mercados pueden generar desempleo persistente. Incluso manifiesta pleno acuerdo con algunas de las tesis keynesianas más antiguas, cuando, por ejemplo, ataca la teoría neoclásica del desempleo. Williamson, por otra parte, coincide con Stiglitz en el temor de que la teoría keynesiana sea desterrada del mundo académico y de las decisiones de política económica. No obstante, se muestra más escrupuloso frente a la inflación e insta a Stiglitz a mostrar evidencia de que los funcionarios del FMI se han basado en modelos simplistas. Aun así, admite que no tienen inconvenientes con el manejo general que Stiglitz hace de la evidencia y que, más bien, le preocupa que los lectores no tomen cuenta que está considerando una definición muy estrecha del Consenso de Washington. Como autor original de dicho concepto, Williamson se toma la libertad de aclarar que con él quería, en general, referirse al difundido cambio de actitud frente a la política económica en Latinoamérica y a la supervivencia de una parte sustancial de la agenda conservadora después de la década de 1980.

Finalmente, en la que constituye una respuesta más apropiada para Rogoff que para Williamson, Stiglitz anticipa el cariz de las réplicas con una mesurada declaración preventiva, que implícitamente advierte el carácter testimonial, antes que técnico, del libro:

Muchas de las personas a las que critico dirán que estoy equivocado, e incluso puede que presenten datos que contradicen mi versión de lo sucedido, pero cada historia tiene muchas facetas y sólo puedo presentar mi interpretación sobre lo que vi (p. 18).

Gastón Yalonetzky M.